

tan solo obras magnificas de poesia, donde se respira ese perfume suavísimo que caracteriza los cánticos de la antigüedad (1). Por esto se ha escrito por Paignon, y sostenido por Lopez entre nosotros, que la poesia fué antes que la elocuencia. Aun no habia oradores, se dice, y Homero habia escrito su Iliada, fuente de arte, no lo negamos, en los primeros siglos, de investigacion y de ciencia en el de Alejandro; pero no por esto origen verdadero de la elocuencia, que le tiene propio, esclusivo, independiente, á nuestro modo de ver, en cuanto puede establecerse y concebirse esa independencia, teniendo en cuenta que el sentimiento dá vida á la expresion poética, y el sentimiento es necesario en la expresion oratoria.

Tambien el carácter peculiar de las lenguas orientales pertenecientes á la familia semítica, se acomodaba poco á la forma oratoria; por esto vemos que las relaciones históricas, las fábulas, los ejemplos tomados de la naturaleza, son principalmente los titulos de su gloria y los justos motivos de nuestra admiracion.

En Grecia brillan por vez primera esos seres superiores que, sabiendo hermanar las disposiciones de su entendimiento con la imitacion y el estudio, han logrado hacer de la palabra un poder invencible, un arma de dos filos, hasta el punto que la elocuencia destinada «á la defensa de la verdad, de la razon y la justicia,» ha contribuido mas de una vez al triunfo de la mentira, al desprestigio de la razon y al infortunio de los hombres, inoculan-

(1) El clima debe tener una gran influencia en una imaginacion viva, en un espíritu activo, en un gusto delicado, en una sensibilidad estremada, y esto se vé claramente en los efectos del mundo exterior, en los oradores y poetas de la Grecia. ANDRES—(Origen, progresos y estado actual de la literatura).

do en la conciencia del pueblo la envenenada semilla del error y del sofisma, ó la duda y la indiferencia, mil veces peor, porque cierra las puertas al arrepentimiento y seca las lágrimas de la contricion.

En el seno de Atenas se levanta una tribuna; á su derredor se agrupa un pueblo susceptible y apasionado, de carácter ardiente, capaz de grandes hechos y atrevidas empresas.

Un hombre sube las gradas de ese trono magnífico en medio del mas profundo silencio: su semblante pálido, su mirada inquieta, su andar lento y magestuoso hacen latir de esperanza millares de corazones. Aun no han pronunciado sus labios una sola frase: no se ha percibido aun el sonido armonioso de sus primeras notas, ó sentido el impetuoso huracan de sus entrecortados acentos, y la muchedumbre, ávida de emociones, que espía los menores movimientos del oráculo, adivina por instinto las pasiones que agitan su alma; y no bien vé correr por sus mejillas una furtiva lágrima ó siente acercarse el sordo rumor de la tormenta, cuando se postra consternada ante el altar de los ídolos en ademan suplicante, ó hace retemblar con sus gritos las bóvedas del firmamento.... El hombre ha trocado sus vestiduras, «es un nùmen que habla por la boca de un mortal inspirado,» y con la mágia de su poder y su grandeza domina los corazones, subyuga la razon é impele y arrastra á su capricho la voluntad.

Mucho costó á los pueblos verse libres del imperio de la fuerza, muchos siglos romper uno de esos miles de eslabones que han venido oprimiendo el espíritu del hombre: la antigüedad, en medio de sus extravíos, guiada por ese instinto, por ese secreto impulso que dice al hombre: *anda*, tu destino es *andar*, acepta una fórmula, imperfecta sí, pero germen de grandes hechos, de heróicos sacrificios, de atrevidas conquistas, que al con-

templarlas hoy nos llenan de admiracion; esa fórmula á que aludimos, y una de las causas generales que contribuyen al gran desarrollo de la elocuencia en la antigüedad, es el *socialismo*, palabra que conviene pronunciar para que se sepa por muchos lo que antes significó; base de las antiguas repúblicas, de aquellos pueblos, en los cuales las ciencias y las artes, la poesía, la política, la jurisprudencia y la filosofía reciben un gran impulso, sin que no obstante tantos adelantos, el hombre lograrse verse satisfecho un solo día, ni aun en el recinto sagrado de su propia conciencia.

Grecia y Roma sacrifican á ese sentimiento universal todas las ideas y las pasiones todas: el socialismo llega á ser la divinización del Estado, personificado en la república y en la patria: el socialismo absorbe el interés colectivo en el general; es el complemento de su civilizacion y de esa libertad que equivocadamente ha querido hacerse la única, la sola salvacion del género humano, olvidando que ella fué la ruina de los pueblos que la poseyeron, y que cuantas veces se ha querido entronizar en nuestras sociedades modernas, solo ha producido el caos, la anarquía, que es el peor de los despotismos.

Los pueblos antiguos, al aceptar esa fórmula, obedecieron, sin darse cuenta de ello, una ley violada por la libertad del hombre y restablecida por la bondad de Dios el día mismo de su caída: la ley del *progreso* fué por ellos cumplida, realizada, pero de una manera imperfecta; progreso doloroso, como le llama un célebre orador sagrado de nuestros días, condenado á reconquistar por el *sufrimiento* la grandeza perdida por el *placer*.

Grecia y Roma basaron la idea del *progreso* en un principio desorganizador, en el aniquilamiento moral y de la familia, pre-

sentando su historia innumerables ejemplos de las tristes consecuencias que pueden deducirse de llevar ese funesto fanatismo á las grandes cuestiones que afectan al orden social y al orden civil; á la formacion de las leyes, la declaracion de la paz y de la guerra, la lucha de clases, y otras, cuya importancia venia á ser la misma que la de los negocios en que se interesaba un particular; siendo esta solidaridad de pasiones y afectos otra de las principales causas que contribuyeron á dar mayor importancia en la antigüedad á ese género de oratoria, cuyo carácter distintivo es la elevacion, el interés general, la lucha ardiente de las pasiones, la defensa del honor é integridad nacional, de los mas grandes objetos para el hombre constituido en sociedad, de la *elocuencia política*, en fin, que si bien nace al mismo tiempo que la *forense*, no forma en definitiva, como pretende Berryer, un solo género de oratoria, sino que ostenta sus mas brillantes atractivos en medio de la turbulenta agitacion de las repúblicas de la Grecia, así como el espíritu razonador, eminentemente práctico del pueblo romano, nos ofrece la *elocuencia forense* á su mas grande altura.

El pueblo que vivia en medio de las plazas públicas, que oía, tomaba parte y decidia todos los asuntos que tan vivamente le interesaban; el pueblo, hasta entonces *arrastrado* y no *persuadido*, habia necesariamente de señalar, honrar y distinguir á los que por medio de su palabra le mostraban por vez primera, si bien no siempre de buena fé, como sucede en nuestros días, el secreto de su poder y su grandeza: reunido en las Asambleas de la Grecia y en los Comicios de Roma, era actor ó testigo de una discusion frecuente, casi continua, animada; aleccionado en esas luchas gigantescas, rechaza á todo aquel que no se presenta en la arena del combate armado de todas ar-

mas, abochorna y silba al que no halaga sus oídos, al que no conmueve su alma y hace latir su corazón; cada día ocurre una nueva y vergonzosa derrota; y á la fuerza del raciocinio, á la belleza del estilo, á la profundidad de los conceptos, al dominio sobre sí mismo, que es la principal fuerza del orador, que le caracteriza esencialmente haciéndole dueño de cuantos pendientes de su voz lloran si llora, rien si rie, al conocimiento exacto de las pasiones, á lo que constituye, por último, la verdadera esencia del arte, se unia en aquellas arengas y admirables discursos los rasgos mas brillantes, los luminosos destellos de la *pasión exaltada* que comunican á la palabra luz, fuerza é inspiración.

El pueblo griego, colocado en medio de una naturaleza privilegiada, bajo un cielo puro y trasparente, vivia en la patria natural del arte, cuya expresión es la belleza; y así vemos que la poesía que canta los grandes hechos, la pintura que les dá forma sensible, la escultura que reproduce la magestad de las formas y la suavidad de los contornos, la música que roba á la naturaleza sus mas bellas y misteriosas armonías, hacen allí rápidos progresos: los griegos escluyeron todos los elementos extraños, heterogéneos, para fundir en un todo armónico los homogéneos; y de aquí, como dice un célebre historiador contemporáneo, la noble sencillez de las obras griegas, límpida y elocuente á la vez, circunscrita á espresar ni menos ni mas que lo que reclama y exige el sentimiento.

Para los griegos, y aun para los romanos, belleza y virtud eran una misma cosa, y ambas ejercian un poderoso influjo en las decisiones mas importantes para el bien de la república: los versos de Eurípides rompieron las cadenas de los siracusanos, y la narración de Herodoto y las poesías de Píndaro y Corina contribuyeron mil veces á salvar la vida de ciudadanos conde-

nados á las mas severas penas. El espíritu de libertad; la religión con sus dioses humanizados, y para los cuales se construian, mas que templos, monumentos artísticos y nacionales; un idioma rico, flexible, armonioso; un gusto delicado y puro, infiltrado hasta en las clases mas humildes de la sociedad; las costumbres, la solemnidad de sus espectáculos, las coronas arrojadas ó distribuidas en los juegos públicos, todo venia á favorecer en aquellos pueblos el desarrollo de la elocuencia, imprimiéndola un carácter, una fisonomía especial, que no ha podido menos de conservarse en la historia, llegando hasta nosotros para poder admirarla casi en todo su valor.

Grecia y Roma son los dos grandes pueblos que absorben por completo la atención de los críticos é historiadores al estudiar la elocuencia anterior al nacimiento del Cristianismo: Grecia, cuna de la locución pública; Roma, teatro de la que tiene por objeto el triunfo de la verdad en el santuario de la justicia, y cuya personificación verdadera fueron *Demóstenes* y *Cicerón*.

La plaza pública en Grecia y el foro en Roma eran un gran escenario, siempre abierto, y en donde todos los días habia actores que se disputaban los favores de la muchedumbre para despues sujetarla á su antojo y erigirse en árbitros de sus destinos. El Estado no era mas que una máquina movida á impulsos de una sola voluntad: todos se decian libres, y todos llegaban á ser esclavizados; y la jurisdicción del pueblo estaba representada por tantos tribunales, que no era posible decidir, como sucede hoy con mucha frecuencia en Inglaterra, cuál fuese el competente. La poesía, la política, la jurisprudencia y la filosofía se cultivaban con gran esmero; de suerte que el orador poseia tanto el arte de bien decir, como la filosofía, la política y el de-

recho, no solo teórica, sino prácticamente, todo lo cual contribuía á hacer mas irresistible el influjo de su palabra. Los negocios se trataban y resolvían por medio del razonamiento y la discusión; se aprendía con gran esmero á manejar las voluntades y los afectos de una asamblea popular; y en aquellos continuos debates de la virtud y la ambición, del patriotismo y la vanidad, del desinterés y la envidia, de la abnegación y la venganza, se empleaban toda clase de argumentos, se traían toda clase de pruebas, se apelaba á todos los recursos imaginables y se formaron, por fin, grandes tribunos y grandes oradores forenses.

Delante del Areópago fué preciso prohibir la oratoria por temor de que sirviese para oscurecer la verdad y la justicia; razón por la cual Quintiliano concede á Cicerón mayor ventaja sobre Demóstenes en el género deliberativo, disculpándole hasta cierto punto por la necesidad que tuvo este último de sacrificar las formas oratorias ante la austeridad de aquellos severos jueces (1).

El carácter de los griegos y el de los romanos se refleja de un modo notable y digno de estudio en su elocuencia: en Grecia, una causa criminal era una lucha política; en Roma, una lucha política venía á convertirse siempre en un debate judicial. Los romanos, dados al desarrollo práctico de la vida, no concedieron tanto al poder de la palabra como los griegos, ni su constitución política, fuerte y poderosa por la unidad de interés y de acción, tenía tanto ascendiente para dirigir los

(1) «Salibus certe et commiseratione, qui duo plurimum affectus valent vincimus: et fortasse epilogos illi (Demostheni) suos civitatis (Athenarum) abstulerit.» (*Inst. Orat.*)

destinos públicos como en las repúblicas griegas, cuyo perpetuo antagonismo favoreció tanto la oratoria política.

El auditorio á que el orador se dirigía en la antigüedad, los asuntos de que trataba, la declamación enérgica que se veía precisado á emplear, todo esto venía á formar un nuevo elemento y poderosísimo estímulo para hacer mayores los progresos de la palabra en el período histórico de que hemos creído oportuno ocuparnos á grandes rasgos en esta introducción.

Lo que hoy nos parecería ridículo, lo que no podríamos tolerar, contribuía entonces á los progresos de la palabra oratoria: el gesto, los movimientos, la prosodia artificiosa del idioma, las fuertes inflexiones, la cantidad de las sílabas, todo era objeto del estudio de aquellos oradores, muchas de cuyas arengas y mas famosos discursos despojados de aquellos atractivos caen hoy de nuestras manos por lo fatigosas y hasta frías y sin color.

Ahora bien: si meditamos algunos instantes sobre lo que hemos escrito, fácil es reconocer mas nobles intenciones que sólidos fundamentos en los ciegos adoradores de aquellos pueblos, que no por verlos tan lejos son menos conocidos; nada podemos echar de menos de aquellas sociedades á quienes no alumbró la antorcha brillante de la verdad católica: la elocuencia, que debió mucho á las instituciones antiguas, ha conseguido despues triunfos mas legítimos y duraderos; aquellos pueblos que tuvieron la suerte de oír á Pericles, de admirar á Demóstenes, de aplaudir á Cicerón, no supieron dar apenas un solo paso en la senda de su prosperidad, retrocediendo para caer de nuevo en su abatimiento y postración, si por acaso acertaban á mo-

verse á impulsos de una idea, de un pensamiento grande y regenerador.

No miremos con prevencion, pero tampoco adulteremos la verdad para producir efecto al tratarse de los pueblos antiguos: es achaque propio de quien prefiere conseguir un aplauso á mostrarse sincero, prescindir de lo que hasta cierto punto perjudica, de lo que hace menos popular al escritor: combatir preocupaciones es su mision mas difícil; halagar las pasiones, divinizar lo que el pueblo diviniza y ensalza, tarea es de resultados mas positivos: los que así se producen se colocan por sí mismos las coronas que caen á sus piés; pero la impresion pasa, se medita un momento y el encanto desaparece para olvidarse, no solo lo que se ha dicho, sino del que así ha abusado de la docilidad y buena fé de sus lectores.

Para comprender de una manera acertada todo el mérito y valor de los oradores de Grecia y Roma, no basta leer sus discursos, no es suficiente conocer el idioma en que los pronunciaron; es preciso sondear las causas que contribuyeron á darlos tanta importancia, y solo así podremos sacar algun fruto de su lectura; por lo demás, lo que se ha hecho comunmente en las escuelas, lo que nosotros hicimos, no es sino perder el tiempo lastimosamente: leer á Ciceron, leer á Demóstenes sin criterio propio, en un idioma que no es el nuestro, con una pronunciacion que no seria la suya, en el recinto estrecho de un aula, y querer ser orador por solo esto, es una quimera que parece mentira se haya sostenido por hombres de buen talento.

Con pesar dejamos la pluma en estos momentos: el deseo de dar á conocer el carácter de la elocuencia en los pueblos antiguos, nos ha llevado demasiado lejos; y cuando de ello nos

apercibimos, echamos de ver que esto es imposible en unas cuantas páginas; acaso no sean inútiles, estériles para la juventud las que hemos trazado, razon por lo cual únicamente las conservamos.

III.

Educacion oratoria: objeto principal de la educacion oratoria: lamentable estado de la enseñanza en este particular.—Necesidad de la educacion oratoria para el sacerdote, é idea general de su reforma en las universidades y seminarios conciliares.

Que el hombre no sea extranjero en su patria, tal es el objeto de la ciencia, según Paignon: que aprecie, que estime en todo su valor la magnificencia que le rodea, tal es el objeto del arte.

La ciencia despierta en nosotros el sentimiento de nuestra propia dignidad, abre anchos horizontes á nuestro pensamiento, desarrolla gérmenes preciosos de vida intelectual, que están como adormecidos en nuestra organizacion: el arte, menos árido que la ciencia, más expansivo, tiende á descubrirnos misterios de amor, misterios de poesía, de belleza, que parten de nosotros y á la vez vemos reproducidos en las maravillosas obras del Creador; misteriosa armonía que existe entre el ideal del nombre y la fórmula expresiva de ese mismo ideal; milagro, como hemos dicho antes, que á la vez que nos sujeta á la tierra, nos separa de ella, y como que nos acerca al cielo.

A la posesion de la ciencia, al conocimiento del arte nos lleva la *educacion*: la educacion es necesaria para desenvolver la

actividad de nuestras facultades, para elevarnos al alto grado de perfeccion de que somos susceptibles.

Conseguir por medio del estudio la acertada combinacion en la palabra de la *naturaleza* y el *arte*, tal nos parece que debe ser el objeto, el fin principal de la *educacion oratoria*.

Sin las disposiciones naturales, sin el estudio y la instruccion suficiente, no concebimos el orador: son elementos indispensables, y para cuyo desarrollo y armonía creemos de todo punto precisa la educacion oratoria: aquellos para quienes la naturaleza lo es todo, y aquellos para quienes nada significa, van igualmente extraviados: los que abogan por la supresion de todo precepto, de toda enseñanza como contraria al desarrollo del genio, y los que siguiendo á los antiguos retóricos se empeñan en que las reglas bastan por sí solas para formar oradores, han contribuido igualmente á embarazar el camino y hacer más difícil la posesion de la verdad en estas materias.

La historia de la elocuencia nos enseña hasta qué punto es útil la educacion oratoria: los grandes oradores de todos los tiempos, de todos los paises, debieron su fama, no solo á su talento, sino tambien á la aplicacion acertada de las *reglas*, que no son preceptos caprichosos, ni prácticas arbitrarias de una individualidad, como suponen algunos; sino, como dice Hermosilla, principios eternos de eterna verdad, fundados en la esencia misma de las cosas que son objeto del arte: así definidas, así esplicadas las reglas, se vé clara y distintamente que su estudio es necesario, viniendo á ser en último resultado el estudio de la misma naturaleza.

En toda adquisicion, ha dicho Blair, el agente principal es la naturaleza; pero la naturaleza no es suficiente para obtener los resultados que nos proponemos siempre en toda conquista;